

El pudor I

Por: José María
Iraburu



–¿Y cómo se le ocurre a usted ahora hablarnos del pudor?
 –Tengo para ello varias razones, y todas válidas. En realidad, al mismo tiempo, haré el elogio del pudor, trataré del impudor generalizado hoy en el pueblo cristiano como un signo más de apostasía, que pide conversión y reforma; y señalaré el actual silenciamiento lamentable del Evangelio del pudor, silenciamiento que exige también reforma. ¿Vale?

La castidad es una virtud que, bajo la moción de la caridad, orienta y modera santamente el impulso genésico humano, tanto en sus aspectos físicos como afectivos. Implica, pues, en la persona libertad, dominio y respeto de sí misma, así como caridad y respeto hacia los otros, que no son vistos como objetos, sino como personas. Es la castidad una gran virtud, incluida en la templanza, y es por tanto en la persona *una fuerza* espiritual, *una virtud*, una *inclinación* buena, una facilidad para el bien propio de su honestidad, y consiguientemente una *repugnancia* hacia el impudor y la lujuria que le son contrarios.

Y el pudor es un aspecto de la castidad. Mientras la castidad modera el mismo impulso genésico, el pudor ordena más bien las miradas, los gestos, los vestidos, las conversaciones, los espectáculos y medios de comunicación, es decir, todo un conjunto de circunstancias que se relacionan más o menos con aquel impulso sexual.

Por eso dice Santo Tomás que «el pudor se ordena a la castidad, pero no como una virtud distinta de ella, sino como

una circunstancia especial. De hecho, en el lenguaje ordinario, se toma indistintamente una por otra» (*STh* II-II, 151,4). Y Pío XII enseña que el sentido del pudor consiste «en la innata y más o menos consciente tendencia de cada uno a defender de la indiscriminada concupiscencia de los demás un bien físico propio, a fin de reservarlo, con prudente selección de circunstancias, a los sabios fines del Creador, por Él mismo puestos bajo el escudo de la castidad y de la modestia» (*Discurso* 8-XI-1957). Juan Pablo II, en su notable serie de alocuciones sobre *El amor humano en el plan divino*, nos dejó preciosos textos sobre el pudor, sobre todo en los discursos habidos entre 16-04-1980 y 6-05-1981.

La mayoría de los lectores de este blog tienen, probablemente, una cierta idea de la castidad. Pero quizá muchos de ellos, en cambio, apenas han recibido nunca el Evangelio del pudor. Viven en Babilonia, o si se prefiere, en Corinto, y no se dan cuenta a veces de las enormes dosis de impudor que han ido asumiendo sin mayores problemas de conciencia. Y esto, lo sepan o no, lo crean o no, lo quieran o no, trae para ellos y para otros pésimas consecuencias.

La extraña doctrina del pudor, apenas conocida y apreciada en el mundo pagano, llega al conocimiento de los pueblos por la Revelación bíblica, en relación con el pecado original. La Biblia, en efecto, presenta la vergüenza de la propia desnudez como un sentimiento originario de Adán y Eva, como una actitud cuya bondad viene confirmada por Dios, que «les hizo vestidos, y les vistió» (Gén 3,7.21).

Quedarse, pues, en público casi *des-vestidos* es algo contrario a la voluntad de Dios, es algo perverso. Ésta ha sido la fe constante de Israel y de la Iglesia de Cristo.

Ciertas modas en el vestir, ciertos espectáculos, ciertas playas y piscinas, en las que casi se elimina totalmente ese velamiento del cuerpo humano querido por Dios, son inaceptables para los cristianos, que solamente los aceptan cuando se avergüenzan de su fe y caen en una apostasía explícita o implícita. Son *costumbres mundanas, paganas*, ciertamente contrarias, como lo comprobaremos con el favor de Dios, a la antigua enseñanza de los Padres y a la tradición cristiana, que venció el impudor de los paganos.

La desnudez total o parcial –relativamente normales en el mundo greco-romano, en termas, teatros, gimnasios, juegos atléticos y orgías–, fue y ha sido rechazada por la Iglesia siempre y en todo lugar. Volver a ella no indica ningún *progreso* –recuperar la naturalidad del desnudo, quitarle así su falsa malicia, etc.–, sino una *degradación*. Es un mal, pues «el mal es la privación de un bien debido», en este caso el vestido (*SThI*,48,3).

Es una indecencia que hombres y mujeres se muestren semi-desnudos en público. Aunque esa costumbre esté hoy moralmente aceptada por la gran mayoría, también de los cristianos, sigue siendo mundana, *anti-cristiana*. Jesús, María y José de ningún modo aceptarían tal uso, por muy generalizado que estuviera en su tierra. Y tampoco los santos. Como tampoco lo aceptan hoy, en la vida religiosa o laical, los mejores fieles cristianos.

Ocasión próxima de pecado.

Es prácticamente imposible que alguien asuma, en sí mismo o en la contemplación de los otros, ese alto grado de desnudez –sin *pecado de impureza*, o al menos sin peligro próximo, propio o ajeno, de incurrir en él, según aquello de Cristo: «todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón» (Mt 5,28), y –sin *pecado de vanidad* positiva, orgullo de la belleza propia, o negativa, pena por la propia fealdad, lo que viene a ser lo mismo.

Por otra parte, aunque una persona se viera exenta de las tentaciones aludidas –cosa difícil de creer, al menos si su constitución psico-somática es normal–, en todo caso hace un daño al bien común espiritual apoyando activamente con su conducta *una costumbre mala*, que es ciertamente para la mayoría de los prójimos una ocasión de muchas tentaciones, y que, desacralizando la intimidad personal, devalúa el cuerpo, y consiguientemente la persona misma, ofreciendo su vista a cualquiera.

Por hoy es *bastante*.

(Y algunos estimarán que ya con este poco es *demasiado*).

El pudor –II

–Yo esperaba que ya hubiera terminado usted de hablar del pudor.

–Vana esperanza, craso error. Póngase cómodo y siga leyendo.

En Israel inicia Dios, como ya vimos, la revelación del pudor y de la castidad. Inocencia - desnudez - pecado - concupiscencia - vergüenza - vestidos, «Dios los vistió» (Gén 3).

Juan Pablo II, en su serie de 129 catequesis sobre el amor humano en el plan divino, dedica al pudor un buen número de ellas, y hace en una esta observación de gran agudeza: «el nacimiento del pudor en el corazón humano va junto con el comienzo de la concupiscencia –la triple concupiscencia, según la teología de Juan (cf. 1Jn 2,16)–, y en particular de la concupiscencia del cuerpo. El hombre tiene pudor del cuerpo a causa de la concupiscencia. Más aún, tiene pudor no tanto del cuerpo, cuanto precisamente de la concupiscencia» (*cateq.* 28-V-1980, 5; +4-VI-1980).

La Biblia inculca, pues, en Israel desde el principio el pudor en el vestir, y también otros aspectos del pudor y de la castidad, por ejemplo, en las miradas: «no fijas demasiado tu mirada en doncella, y no te perderás por su causa» (Eclo 9,7-8; cf. Job 31,1). Pero todavía pudor y castidad son virtudes escasamente conocidas y precariamente vividas. Tengamos en cuenta que la sociedad judía incluía esclavas y cautivas de guerra, que la poligamia fue practicada desde antiguo (Abraham, Gén 25,6; David, 2Sam 3,25; Salomón, 1Re 11,1; +14,21), y que el repudio, es decir, el divorcio, podía obtenerse con suma facilidad.

Los paganos viven sin mayores problemas de conciencia el impudor y la lujuria, el divorcio, la poligamia, la sodomía, el aborto y el adulterio. San Pablo, cuando describe las miserias del paganismo, enumera ampliamente estas maldades, señalando que «no solo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen» (Rm 1,18-32). La degradación de costumbres había llegado a tanto que ya algunos moralistas la denuncian con fuerza:

Juvenal: «basta que aparezcan tres arrugas en el rostro de Bibula para que Sertorius, su marido, se vaya a la búsqueda de otros amores, y para que un liberto de la casa le diga: “recoja sus cosas y lárguese”». Y las esposas tampoco se quedan atrás. Dice Séneca: «se divorcian para casarse y se casan para divorciarse (*exeunt matrimonii causa, nubunt repudii*)». Marcial: «Éstas, que se casan y divorcian tantas veces, en realidad viven en un continuo adulterio legal (*quæ nubit totiens, non nubit: adultera lege est*)».

En los primeros siglos, queda ya muy atrás la nobleza del *granteatro* clásico romano, y son las comedias de violencia y sexo –muy semejantes a las de hoy en cine y TV–, las que, estimulando las más bajas pasiones del pueblo, consiguen los mayores éxitos. Esclavos y esclavas están a merced de sus señores. Las *termas*, los baños mixtos cotidianos, en un marco de belleza, ocio y sensualidad, son costumbre diaria, tan integrada durante siglos en la vida social greco-romana, que quien no es asiduo a las termas en cierto modo se auto-excomulga de la vida social. Los mismos paganos entendían que las termas eran una factor de degradación: *balnea, vina, Venus, corrumpunt corpora*

nostra, sed vitam faciunt –baños, vinos y Venus corrompen nuestros cuerpos ¡pero nos dan la vida!–.

El cristianismo es en la historia de la humanidad la primera fuerza espiritual que arraiga en un Pueblo nuevo internacional el pudor, la castidad y la monogamia. Cristo y su Iglesia consiguen este milagro histórico, por la comunicación del Espíritu Santo, «que renueva la faz de la tierra». Los cristianos, ciertamente, pecarán a veces contra esas virtudes, pero, como veremos, la reacción entonces de la Iglesia, no solo por la predicación sino incluso por la disciplina penitencial comunitaria, mantendrá siempre vivo el Evangelio del pudor y de la castidad.

En los escritos de los Padres quedan huellas frecuentes del *asombro que en los paganos causaba el pudor de las mujeres cristianas*, y la admiración que en muchos casos suscitaba la belleza de la castidad. No parece excesivo afirmar que el testimonio cristiano de la castidad y del pudor fue una de las causas más eficaces de la evangelización del mundo greco-romano, que en gran medida ignoraba la grandeza y hermosura de esas virtudes.

Los Apóstoles, recordando las enseñanzas de Jesús acerca del horror de quienes escandalizan (Lc 17,1-2) y la posibilidad de caer en el pecado de impureza solamente por las miradas y el mal deseo (Mt 5,28), predicán la modestia y el pudor, uniéndoles el espíritu de la pobreza evangélica. Y así exhortan a las mujeres:

«Vuestro adorno no ha de ser el exterior, de peinados complicados, aderezos de oro o el de la variedad de los

vestidos, sino el oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu apacible y sereno; ésa es la hermosura en la presencia de Dios. Así es como en otro tiempo se adornaban las santas mujeres que esperaban en Dios» (1Pe 3,3-5). «En cuanto a las mujeres, que vayan decentemente arregladas, con pudor y modestia, que no lleven cabellos rizados, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino que se adornen con buenas obras, como conviene a mujeres que hacen profesión de religiosidad» (1Tim 2,9).

Los santos Padres predicán también con gran frecuencia el Evangelio del pudor y de la castidad. Y llama la atención que incluso en los primeros siglos –viviendo la Iglesia en medio de tantas persecuciones y sufriendo también terribles y numerosas herejías, antes de los grandes Concilios dogmáticos– mantienen en sus predicaciones y escritos frecuentes exhortaciones sobre el pudor, la castidad, la renuncia a espectáculos, termas, teatros escandalosos y contra todo lo que fuera ocasión próxima de pecado. No quiero cansarles multiplicando las citas: Clemente de Alejandría, San Cipriano, San Atanasio, etc., que por lo demás pueden consultar en mi obra [*Elogio del pudor*](#).

Constituciones de los Apóstoles. Me limitaré a transcribir aquí algunos textos de las *Constituciones de los Apóstoles*, documento muy venerado en la Iglesia antigua, de origen sirio, hacia el año 380. Es una gran obra que se apoya en documentos anteriores (*Didajé*, s. II, *Traditio apostolica* y *Didascalía*, s. III), y que se difunde después de la apertura del Imperio romano al cristianismo (314), en un

tiempo en que los cristianos comienzan a verse tentados y fascinados de un modo nuevo por el mundo. Es un código canónico y espiritual que, en ocho libros, regula la vida de los diversos estamentos del pueblo cristiano. Pues bien, el libro I está dedicado a la vida de los laicos, y en él se presta una notable atención al pudor que ha de caracterizar a los miembros de Cristo:

A los varones cristianos, en tres o cuatro páginas, les encarece la modestia en el arreglo personal y el recogimiento de los sentidos, especialmente de la mirada. «Esfuézate por serle agradable [a tu esposa], pero sin acicalarte hasta el punto que otra se prenda de ti». Si otra queda «herida en su corazón, prendada de ti, tú serás tenido por responsable de su falta, por el hecho de haber sido causa de escándalo para ella y heredarás una maldición».

A las mujeres cristianas, también largamente y entrando en muchos detalles concretos, les previene severamente contra toda vanidad de impudor. «Si quieres ser creyente y complacer al Señor, oh mujer, no te embellezcas para complacer a los hombres que no sean tu marido, y no imites a las cortesanas llevando trenzas, vestidos y calzado como ellas llevan, con el riesgo de atraerte los que se dejan seducir por tales cosas». Más aún, «mujeres, por vuestro pudor y vuestra humildad, dad también testimonio de la religión ante los que son de fuera [no creyentes], hombres o mujeres, con vistas a su conversión y para animarlos a la fe».

Todas estas enseñanzas y exhortaciones, tanto en Oriente como en Occidente, son un *leitmotiv* –valga el germanismo– por el que los Padres, recordando los avisos de Cristo y de sus apóstoles, inculcan el pudor y el deber de evitar el escándalo del impudor. Al mismo tiempo exhortan al recogimiento de los sentidos: «si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti» (Mt 5,28). Eso significa evitar las ocasiones próximas de pecado que sean innecesarias, termas, espectáculos, etc., por mucha cruz que ello traiga consigo. Ya en el Bautismo el cristiano se ha comprometido, por gracia de Dios, a renunciar (*apotaxis*) a ese mundo de tentaciones, que es diabólico.

Y esas enseñanzas de los Padres configuran también a veces la disciplina canónica de la Iglesia. Por ejemplo, el *concilio de Laodicea* (320) y el *IV Concilio ecuménico de Constantinopla* (528) prohíben los baños mixtos, de modo que en las naciones cristianas desaparecen de las costumbres sociales.

El Evangelio del pudor ha sido predicado siempre al pueblo cristiano a lo largo de los siglos. Traigo algunos ejemplos más recientes:

El P. *Antonio Royo Marín* (+2005), dominico, uno de los autores espirituales más leídos en la segunda mitad del siglo XX, al tratar de la purificación activa de los sentidos externos, enseña: «El alma que aspire seriamente a santificarse huirá como de la peste de toda [innecesaria] ocasión peligrosa. Y por sensible y doloroso que le resulte, renunciará sin vacilar a espectáculos, revistas, playas,

amistades o trato con personas frívolas y mundanas, que puedan serle ocasión de pecado» (*Teología de la perfección cristiana*, n.238). Afirma lo que la Iglesia ha enseñado siempre y en todo lugar.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) también transmite la doctrina católica sobre estas materias: «La pureza exige el pudor, que es parte integrante de la templanza. El pudor preserva la intimidad de la persona. Designa el rechazo a mostrar lo que debe permanecer velado. Está ordenado a la castidad, cuya delicadeza proclama. Ordena las miradas y los gestos en conformidad con la dignidad de las personas y con la relación que existe entre ellas» (2521). Por eso mismo, «inspira la elección de la vestimenta» (2522). «Este pudor rechaza los exhibicionismos del cuerpo humano... Inspira una manera de vivir que permite resistir a las sollicitaciones de la moda» (2523). «Las formas que reviste el pudor varían de una cultura a otra. Sin embargo, en todas partes constituye la intuición de una dignidad espiritual propia del hombre. Nace con el despertar de la conciencia personal. Educar en el pudor a niños y adolescentes es despertar en ellos el respeto de la persona humana» (2524).

Reforma o apostasía. En contraste con una tradición de la Iglesia tan continua y arraigada, la apostasía hoy frecuente del Evangelio del pudor, en predicación y catequesis, en modas, costumbres y espectáculos, ha hecho de las antiguas naciones cristianas (*corruptio optimi pessima*) vanguardias mundiales del impudor y de la lujuria. Son innumerables los cristianos que merecen hoy el diagnóstico

de San Pablo sobre los corintos: «es ya público que reina entre vosotros la fornicación, y tal fornicación que no se da ni entre los gentiles» (1Cor 5,1).

El pudor III

–¿Qué, terminamos ya con el tema?

–Solo por un poquito. Salió muy largo este post, y estuve a punto de hacer dos, un III y un IV.

–Bendigamos al Señor.

El silencio actual en la predicación del pudor rompe una tradición continua, como vimos, desde el Nuevo Testamento. Y este silenciamiento del Evangelio del pudor se hace tanto más incomprensible cuanto más hundido en la lujuria está el mundo moderno. *¿Cómo es posible que estando hoy gran parte del pueblo cristiano tan gravemente enfermo de lujuria casi nunca se le prediquen la castidad y el pudor?...* La pregunta, en cierto modo, está mal planteada. Porque es al revés. La falta de predicación del Evangelio del pudor y de la castidad es *la causa principal* de la abundancia de la lujuria y del impudor en el pueblo cristiano y en el mundo pagano. Cuando un lugar se queda a oscuras, atribuimos esa oscuridad parcial o total a que a luz se ha debilitado o apagado. ¿No es ésa precisamente la causa principal de la oscuridad?

Cristo y sus Apóstoles salvan a los hombres, también del impudor, predicándoles el Evangelio. Únicamente la

palabra de Cristo tiene poder para sanar al hombre podrido por el impudor y la lujuria. «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá *luz de vida*» (Jn 8,12). «Padre, *santifícalos en la verdad*» (17,17). Y los Apóstoles, enviados a predicar el Evangelio, entendieron esto perfectamente.

San Pablo afirma que «el justo vive de la fe, la fe es por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo (Rm 1,17; 10,17). En Corinto, por ejemplo, encuentra una ciudad portuaria, donde abunda la riqueza y la lujuria –el culto a Venus es servido en la acrópolis por centenares de prostitutas sagradas; la sífilis es entonces llamada *el mal corintio*–. Halla, pues, el Apóstol un mundo pervertido, donde incluso la comunidad cristiana se ve afectada por esa peste viciosa (1Cor 5,1). Pero él no entiende la degradación corintia como *un valor* de la cultura griega, ni tampoco la ve como *un dato social irreversible*. Por el contrario, reacciona predicando con especial insistencia –más que en otros lugares– el Evangelio del pudor y de la castidad.

Es a los corintios a quienes el Apóstol predica castidad y pudor como algo exigido por su condición de *miembros de Cristo*: «el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo... ¿No sabéis acaso que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... El que se une al Señor se hace un solo espíritu con él. Huid la fornicación» (1Cor 6,7-8). Les recuerda igualmente su condición de *templos del Espíritu Santo*: «¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, y que habéis recibido de Dios? No os

perteneceis, pues habéis sido comprados ¡y a qué precio! Glorificad, pues a Dios, en vuestros cuerpos» (6,19-20). Y es a los corintios, precisamente, a quienes más gravemente amenaza –«no os engaños»– con la condenación eterna que espera a los adúlteros, fornicarios y sodomitas (3,16-17; 6,9-11).

Las causas que silencian hoy el Evangelio del pudor, éstas son las causas del impudor actual. Señalo solamente algunas de ellas, aunque, lógicamente, todas se implican entre sí:

–*el hedonismo*, el horror a la Cruz, en buena parte reforzado por las riquezas tan acrecentadas en las naciones del antiguo Occidente cristiano, hoy autoriza a los cristianos a gozar lo más posible del mundo presente, sin diferenciarse en esto para nada de aquellos que «no sirven a Cristo, nuestro Señor, sino a su vientre» (Rm 16,18). Se avergüenzan del pudor aquellos predicadores y aquellos pseudo-cristianos que se avergüenzan del Evangelio y de la Cruz de Cristo (Rm 1,16). No quieren sufrir a causa del pudor la marginación, el rechazo o la burla de los mundanos.

–*el pelagianismo*: los que no ven al hombre como un ser herido por el pecado original, inclinado al mal, y necesitado, por tanto, de una austera vida evangélica, que evite para él y para los otros tentaciones indebidas, no ven tampoco el sentido del pudor.

–*el modernismo progresista* estima que acerca del pudor y la castidad la enseñanza de la Biblia, de la Tradición

cristiana, del Magisterio apostólico y de los santos, es un error funesto; y que el impudor casi total del presente es «una conquista irrenunciable», un crecimiento en la verdad, una liberación de mentalidades cristianas oscurantistas, erróneas y morbosas. Por eso, el extremo impudor en muchos cristianos actuales, más y mucho antes que una relajación moral de la voluntad y de los sentidos, es una enfermedad mental, una herejía, una sujeción al Padre de la mentira.

–*Algunos alegan que, estando los hombres hoy tan lejos de la fe, hay que predicarles las verdades fundamentales, y no estas otras, como el pudor, mucho menos importantes, y que constituyen por el contrario un lastre pesado en la tarea de la evangelización, por la reacción adversa que suscitan en los mundanos. A esto ha de responderse de dos formas:*

1ª, Es cierto que la predicación de las grandes verdades de la fe –la Trinidad, Cristo, la Iglesia, el bautismo, la esperanza de la vida eterna, etc.–, han de llevar la primacía en la evangelización, pues su ignorancia deja sin fundamento la vida moral cristiana, también el pudor. Pero hay que predicar la fe y la moral juntamente, como lo hace el Apóstol, p. ej., en su carta a los Romanos: él *denuncia* breve y contundentemente el mal del mundo, también y con insistencia la lujuria (1-2), y pasa a *anunciar* ampliamente la salvación por la gracia de Cristo, y las maravillas de la vida cristiana (3-16).

2ª Es cierto, sí, que, pudor y castidad se integran en *la virtud de la templanza, y que ésta es la menos alta*: es el primer

peldaño en la escala de la perfección espiritual. Ahora bien, si los fieles cristianos, careciendo de la necesaria ayuda de la Palabra divina, no son capaces de superar ese primer peldaño, se ven impedidos ya desde el principio para ir más arriba en su ascensión espiritual. Por eso mismo, pues, porque pudor y castidad están entre las virtudes más elementales, por eso es preciso predicarlas con fuerza a los cristianos, sobre todo a los principiantes, que son todavía carnales (1Cor 3,1-3). Es lo que hacía el Apóstol. Solamente así superarán con la gracia de Dios el culto al cuerpo, y quedarán abiertos y dispuestos a gracias mucho más altas. Sin *salir de Egipto*, no hay modo de entrar en el desierto, y menos de llegar a *la Tierra prometida*.

–*Otros dicen: guardemos hoy silencio sobre el pudor y la castidad, pues demasiado se habló antiguamente de esas virtudes.* Es decir, corrijamos el (presunto) exceso del pasado en la predicación del pudor y de la castidad, *eliminando* hoy la predicación de esas virtudes. Es absurdo. Es peor el remedio que la enfermedad.

–*Otros argumentan: quienes hoy incurren en impudor, no tienen culpa, pues lo ignoran. Por tanto, mejor será dejar a los hombres en la ignorancia, sin crearles nuevos problemas de conciencia.* Una niña pequeña, por ejemplo, que ya a los tres o cinco años es vestida y educada en el impudor –le quitan el pudor antes de que pueda tenerlo–, será de mayor inculpable de un impudor cuya maldad moral ignora invenciblemente. A estas alegaciones he de responder más despacio en un post dedicado justamente al silenciamiento del Evangelio. Me limito, pues, ahora a

responder que si este mismo argumento se aplica a los ricos injustos, educados desde niños en unas injusticias enormes, a los hombres de un pueblo que considera naturales la esclavitud y la poligamia, etc., la conclusión es evidente: *cese la predicación del Evangelio*. Y efectivamente, quienes van por ese camino *han cesado de hecho* la evangelización de los pueblos.

El pudor en las religiosas y en las laicas ha de ser pleno.

–*Las religiosas*, las que son fieles a su vocación, son dóciles al Espíritu de Jesús en todos los aspectos de su arreglo personal, al que no dedican más atención que la estrictamente necesaria. Sus hábitos reúnen las tres cualidades precisas: expresan el *pudor* absoluto, la *pobreza* conveniente y la *dignidad* propia de los miembros de Cristo. Son, pues, plenamente gratos a Cristo Esposo.

–Pues bien, *el vestido y arreglo de las cristianas laicas han de tener esas mismas cualidades*, pudor, pobreza y bella dignidad. Y así ha sido en la gran mayor parte de la historia de la Iglesia. Si examinamos un buen libro de Historia del vestido en Occidente, comprobaremos que el vestir de las religiosas y el de las mujeres seculares, con las diferencias convenientes –más adorno y color en las seculares–, ha guardado *homogeneidad* durante muchos siglos. Por eso, cuando uno y otro modo se hacen clamorosamente *heterogéneos* –unas visten con pudor y otras, muchas, con la indecencia siempre creciente de las modas mundanas–, eso indica que se ha descristianizado en gran medida el arreglo personal de las mujeres laicas. El

espectáculo que algunas jovencitas cristianas y sus acompañantes dan a veces, concretamente, en las celebraciones parroquiales de la confirmación y del matrimonio, es hoy con frecuencia una gran vergüenza para la Iglesia, y hace pensar si la palabra sacramento no se habrá cambiado en sacrilegio. *Apostasía e impudor van de la mano.*

*Muchas mujeres cristianas ofenden habitualmente los tres valores propios del vestido cristiano: pudor, pobreza y digna belleza. Cuántas mujeres seculares gastan en vestidos demasiado dinero y demasiado tiempo; aceptan modas muy triviales, que ocultan la dignidad del ser humano; y tantas veces, hasta las mejores, se autorizan a seguir, aunque un pasito detrás, las modas mundanas, también aquéllas que no guardan el pudor. Y alegan, «somos laicas, no religiosas». Al vestir con menos indecencia que la usual en las mujeres mundanas, ya piensan que visten con decencia. Una vez más, «lo bueno es enemigo de lo mejor». Llevarán, por ejemplo, traje completo de baño cuando solo algunas mujeres más atrevidas vistan bikini; y cuando lo viste la mayoría femenina, ellas lo aceptan, aunque en un modelo algo más decentito, etc. Así, siguiendo la moda mundana, que acrecienta cada año más y más el impudor, van ellas, aunque algo detrás, y se quedan tranquilas porque «no escandalizan»; como si esto fuera siempre del todo cierto, y como si la misión de los laicos cristianos en este mundo consistiera en «no escandalizar». Por lo demás, no les hace problema de conciencia asistir asiduamente con su *decente* atuendo a ciertas playas y*

piscinas que *no son decentes*, sino que son lugares escandalosos, ocasiones próximas de pecado, escuelas excelentes del impudor y la lujuria.

Parece una broma. Estas mujeres laicas, a veces pertenecientes a alguna asociación laical católica, son las que, según dicen, «insertándose en las realidades seculares», piensan o pensaban «ir transformándolas según el plan de Dios»... Cuentos chinos. Estas cristianas ignoran que con su atuendo no han de limitarse a *no escandalizar*—que, por lo demás, también escandalizan lo suyo—, sino que han de intentar de todo corazón *agradar* totalmente a Cristo Esposo, al que se entregaron sin condiciones en el bautismo; han de pretender dejarle a Jesús manifestarse plenamente en ellas, también en su apariencia exterior; han de expresar del modo más inteligible su condición *celestial* (1Cor 15,45-46), como miembros de Cristo y templos de su Espíritu; y en fin, deben pretender «abstenerse hasta de la apariencia del mal» (1Tes 5,22).

Los laicos están llamados a la santidad, como lo están sacerdotes y religiosos. Pero ni los mejores cristianos laicos conocen con frecuencia la santidad, la perfección evangélica, la luminosidad interior y exterior a que Dios les llama con tanto amor: «vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14). No tienen *ni idea* de la grandeza de la vocación laical. El Señor quiere hacer en ellos maravillas, pero ellos no se lo creen, y no le dejan. ¡Claro que el camino laical es un camino de perfección cristiana!; pero lo es cuando se avanza por el camino santo del Evangelio, no si en tantas

cosas se anda por el camino secular del mundo, aunque un pasito detrás. «Habéis de ser irreprochables y puros, hijos de Dios sin mancha, en medio de esta generación extraviada y perversa, dentro de la cual vosotros aparecéis como antorchas en el mundo, llevando en alto la Palabra de vida» (Flp 2,15-16).

José María Iraburu, sacerdote

* *Post post*. Partiendo del texto del Génesis, «Dios les vistió», tanto en estos post como en los comentarios a ellos añadidos, hemos centrado de hecho nuestra atención en el vestido. Pero al definir el pudor, ya señalé al principio que ordena en la castidad toda una variedad de actitudes, no solamente el vestir, sino también miradas, gestos, conversaciones, relación entre novios, espectáculos, confidencias, higiene personal, campamentos, lecturas, vestuarios deportivos, internet, etc.

**Post post post*. Para ilustrar el reciente comentario de ALFONSO (10-07-09, 19,13 hs) añadido a última hora esta imagen de la jornada mundial de la juventud en Tor Vergata, a la que alude.